



SUPLEMENTO DE CIENCIAS NATURALES DEL  
BOLETIN DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAIS

AÑO VII

1955

CUADERNO 1.º

Redacción y Administración: GRUPO DE CIENCIAS NATURALES «ARANZADI»  
Museo de San Telmo - San Sebastián - Teléfono 1-47-09

COMUNICACIONES RECIBIDAS

## Los Gorriones en nuestro valle

(AZCOITIA)

Por MARTIN ICIAR

Una fría tarde de enero, a pesar del mal cariz que presentaba el cielo —gris plumizo—, el viejo txorizale Matxin no pudo substraerse al atractivo de su cotidiano paseo. Al pasar por las cercanías del caserío "Etxebarren", Erubi, la guapa etxekoandre que con un cubo de agua sobre la cabeza volvía gallarda de la fuente, le invitó al calor de su "sukalde". Aceptando la amable invitación entró en casa al tiempo en que Praixko se esforzaba en cerrar las ventanas del desván con tela metálica.

—Pero, ¿qué haces ahí, Praixko?

—Ya lo ve, Matxin, hay que cerrar toda entrada a esos gorriories.

—Sí, nos van a comer todo el maíz esos, pajarracos, repuso muy seria la Erubi.

—Lo malo, Matxin, continuó Praixku, es que no podemos hacer nada para ahuyentarlos de los trigales, ¡y allí sí que nos hacen la gorda! Fijese.... y al dar con un martillo en una vieja hojalata,

que a manera de "gong" pendía de un árbol, se elevó un enjambre de gorriones que alborotando se internó en un espeso cañaveral próximo.

—Bajémonos, señor Matxin, hacia la otra parte del trigal y comprobaremos el inmenso daño que nos ocasionan con nuevas maneras que no habíamos observado hasta ahora.

Muy extrañado, Matxin pudo ver, a lo largo del campo, infinidad de tallos secos y muchos otros recién arrancados de cuajo.

—Bueno, Praixko, bajemos hasta el camino vecinal, que separa el trigal de la otra heredad; nos situaremos allí, porque me interesa mucho sorprenderles en esa faena.

A los pocos minutos, no muy lejos de su puesto de observación, tomaron tierra una docena de gorriones comenzando inmediatamente su destructora labor. Era curioso ver qué maña se daban para coger con el pico el tallo por su base y elevarlo con delicada precaución, para sacarlo entero con su semilla germinada, comiendo luego con avidez el fermentado manjar.

Contemplaban sorprendidos Matxin y Praixko, la faena, cuando el último se lanzó bruscamente sobre ellos interrumpiendo el succulento banquete.

El pobre Praixko, muy excitado, exclamó: ¿Qué me dice usted ahora, señor Matxin?

—Mira chico. Si no los hubiera visto, no lo creyera... ¡Pobres gorriones! ¡Cómo han tenido que ingeniarse para subsistir ante las dificultades que les ha creado la vida moderna, en estos valles, agravadas por el excesivo desarrollo reproductivo que se nota entre ellos desde hace unos años acá!

—¿Pero, no han sido siempre así los gorriones?, repuso Praixko.

—No, hasta hace relativamente poco tiempo, recordarás cómo todo el tráfico de nuestras carreteras se efectuaba por coches y carros tirados por ganado vacuno y caballar; por eso, en nuestros caminos, estos pobres pajaritos encontraban abundantes y bien sazonados víveres en los excrementos que dejaba el ganado a su paso. Hoy en día, sustituidos los animales por el tráfico motorizado, que cruza veloz por nuestras asfaltadas carreteras, y no encontrando, como antaño, aquellos residuos de comidas que tan antihigiénicamente se tiraban a los patios traseros de las casas, no les ha quedado más remedio que ir amoldándose a las circunstancias... incrementando así esa penuria, sus instintos de pillaje.

En el intervalo de una breve pausa en su animada charla, subiéndole el empujado atajo que conducía al caserío, entraban ambos en el espacioso "sukalde" donde la etxekoandre preparaba en la cocina económica sabrosas tajadas de tocino magro... En el ángulo opuesto, dos grandes troncos de roble ardían bajo la campana de la vetusta chimenea que aún guardaba añoranzas de narraciones y de viglias invernales que tanto se habían prodigado hasta tiempos no muy lejanos...

Respondiendo al saludo y sin más, la Erubi, frunciendo un poco el ceño preguntó: —Pero, Matxin. ¿Por qué andan tanto estos gorriones en vuestras heredades y sin embargo no causan daño alguno en "Larrain-Goikoa", donde vive mi hermano Sebox?

—Tiene eso su explicación, mujer, y desabrochando su gruesa chamarra, que le daba cierto aire de viejo montaraz, sentándose, al amor del fuego, prosiguió Matxin:

—Estas enormes bandadas de gorriones que tanto daño causan a vuestras cosechas, pertenecen a una colonia cuyo territorio abarca los jardines de Jausoro y Portu hasta Olótzaga. Radican sus principales centros de reproducción en el convento de Alcibar, en el viejo palacio de Eretzaga con sus cercanos caseríos, en los pinares de Txamuno y en otros muchos de menor importancia. Su número no es inferior a un par de millares. El excesivo desarrollo de la colonia les obliga a toda clase de pillajes asaltando continuamente vuestros graneros como base de su subsistencia, aunque consumen también en gran cantidad toda clase de gusanos e insectos. Ya os daréis cuenta cuando abonais vuestros campos, cómo se lanzan centenares de ellos en busca de toda clase de larvas y crisálidas. Entonces no los habéis de ahuyentar, porque os están pagando en parte sus fechorías.

—¿Y cómo aguantan aquí estos pájaros el invierno, señor Matxin?, interrumpió Praixko.

—Los rigores del invierno que periódicamente son tan crudos aquí, producen muy pocas bajas en su población, porque están acostumbrados a comer toda clase de algas, y esto les salva airoosamente cuando no pueden encontrar otra cosa. Durante una tormenta de nieve, hace pocos años, vi a uno de estos gorriones engullir un buen trozo de cáscara de naranja y quedarse tan satisfecho haciendo su digestión contemplando con indiferencia los copos de nieve que caían.

En los albores de la primavera, cuando resulta baldía la búsqueda del grano, recorren las praderas junto con emberizas y par-

dillos comiendo toda clase de semillas compitiendo con los jilgueros en los cardos con la particularidad de que comen semillas no sazonadas sin causarles el menor daño. La penuria de víveres y el aumento de la población les ha obligado a degustar semillas que hasta hace poco estaban reservadas a otras especies de pajarillos.

—Señor Matxin, siéntese a la mesa, y tome usted algo antes que se enfríe...

—Ya sabes Erubi, que no acostumbro merendar.

—Pues no sé cómo está usted tan robusto sin comer.

—No, a mis años es mejor andar sin excesos; cena tempranica y... basta. Praixko, cómelo tú, que yo estoy muy bien.

En aquel momento llegaba Iñigo, hijo de Praixko y Erubi, mayorazgo de "Etxebarren", muchacho fornido y de buena presencia; venía no sé de dónde, helado hasta los huesos. Al entrar Saludó con respeto a los presentes.

—Jaunak, arratsalde on!

—Bai zeuri-be, Iñigo, respondieron a coro.

—Kendu azkar oñetako busti oiek! exclamó rápido la Erubi

—Bai ama; ekatzu aldagarriak. Y, dando a Matxin un cariñoso "bizkarreko" a la vez que se desprendía de sus abarkas de goma, se sentó al lado del fuego, exclamando: ¿Qué nos cuenta, señor Matxin?

—No le interrumpas Iñigo, porque nos está contando historias muy interesantes sobre los gorriones.

—Siga, siga, Matxin, que también me gustan mucho estas cosas.

—Pues bien, si os gusta, continuaré sobre esto... Este conocido pájaro es a la vez astuto, tímido y manso. Conoce y aprecia a su bienhechor; son muchos los que le tratan con cariño, sobre todo en las grandes poblaciones. Se ven estos pajaritos posándose en la mano del que tiene la buena costumbre de darles de comer. Pero, tampoco les es indiferente el individuo que les amenaza.

—Ahora recuerdo, Matxin, interrumpió Iñigo. Hace unos años, en mis ratos de ocio, les atacaba con frecuencia con mi escopeta de 12 mm. y en seguida me conocían aunque no llevara el arma. Cualquier movimiento de brazo, por ligero que fuese, bastaba para que huyeran despavoridos. Eso me ocurrió muchísimas veces.

—En astucia, continuó Matxin, le pasarán muy pocos: acude a mil ardides con tal de llenar su buche. Hace unos días ví a una de ellos tirando afanosamente del borde de la recogedora de ex-

crementos de una jaula, porque en ella encontraba unos granos de alpiste. Pues bien, al extraerlo un poco y hacerle perder su posición horizontal, las semillas se desparramaron por el suelo y se las comió tranquilamente...

Además de estas cualidades que le hacen simpático, es admirable su sociabilidad. Habrá pocas especies de aves que demuestren el respeto mutuo y la buena armonía como estos pajaritos. No quieren separarse de su nativo solar que aman con pasión... Son un ejemplo para todos.

Dirigiéndose a Matxin y cortando la pausa, Praixko se lamentó de su excesiva multiplicación en los contornos de "Etxebarren" ... Más compasiva, la buena Erubi, exclamó: —Ya los toleraríamos si fueran menos, pero...

—Sí, respondió Matxin. Lo comprendo.

—Siga, por favor, Matxin, porque me subyuga su narración, añadió Iñigo.

—Hasta hace unos cuantos años, nuestro frondoso valle no tuvo el problema sobre estos pájaros, que hoy en día lamentamos; antes, alegraban con su monótono gorjeo, ejemplares de una robusta raza: la *fringilla doméstica* de Linneo, cuyos machos se distinguían por sus elegantes hombreras y una franja ancha y larga en el pecho a modo de corbata. Ocupaban como ciudadanos de categoría todos los conventos, iglesias y casas solariegas del valle irauguitarra; llevaban una vida palaciega y no tenían fama de ladrones; pero llegó su ocaso.

Hacia el año 1925, varios vecinos de Itxasmendi, nos dieron la noticia de que acaba de llegar un numeroso grupo de gorriones, que según ellos eran muy distintos a los nuestros. En efecto, una tibia tarde de otoño, nos sorprendió un kri-kri completamente extraño, de un numeroso grupo de gorriones. Parecían ser las patrulla de vanguardia. Pronto nos hicimos con uno de ellos; era un macho menudito, del tamaño de un jilguero. Nos llamó la atención el color pardo rojizo de su plumaje y una mancha ovalada en el cuello, en vez de la ancha y larga "corbata" de nuestros habituales pajaritos. Esta nueva raza, ¿sería, tal vez, la *Hispaniolensis* de Temminck? Sería difícil afirmarlo, pues no coinciden en todo sus rasgos.

En pocos años, la raza intrusa absorbió completamente a la *Fringilla doméstica* de Linneo. Uno de sus últimos bastiones fué el antiguo palacio de Eretzaga, pero hacia el año 1935, terminó su resistencia, siendo ocupada por la raza invasora. La colonia que

habita actualmente el casco urbano guarda aún ciertos vestigios suyos, por la robustez y tono oscuro de su plumaje que difiere del resto de las colonias del valle.

—Muy bien... Un traguillo de vino, señor Matxin.

—Sí, no me vendrá mal para fumar una pipa y terminar mis explicaciones.

### *La reproducción*

A principios de marzo comienzan a parearse los individuos más adultos pero, en general los demás no anidan hasta fines de abril. Cuando una hembra tiene varios pretendientes, van todos en pos de ella armando un guirigay ensordecedor, y parece que al fin es el más chillón quien la conquista.

Para construir sus nidos, escogen las oquedades de cualquier vieja pared o las bocas de las tejas en los aleros. La mayor tarea corre siempre a cargo del macho; el retoque y acolchonamiento quedan para la hembra. Crían varias veces al año, hasta que hacia el mes de agosto les sobreviene la muda de su plumaje.

Los primeros días de la puesta son ardorosos en extremo: tienen una particularísima manera de fecundar... Lo hacen al lado del nido, y no se cómo se las arreglan; los he visto veintitantas veces colocarse consecutivamente en corto espacio de tiempo, y al fin dejando insatisfecha a la gorriona irse el macho a esconderse en el nido o huir estrepitosamente.

Hace poco subí a un tejadillo en Eretzaga y levantando siete tejas que componían una hilera con dos orificios de entrada en ambos extremos, encontré un nido bajo cada teja muy artísticamente contruidos en tan reducido espacio. Cada nido contenía cuatro o cinco rollizos gorrioncitos. Un ardiente sol calentaba de tal manera aquellas tejas, que apenas podía la mano aguantar su contacto: pues bien, a pocos centímetros debajo de las tejas, estos diminutos pajarillos no ofrecían ningún síntoma de asfixia: forzoso es admitir que tienen una robusta constitución.

Cuando anidan al aire libre, manifiestan predilección por las copas de los grandes árboles como el chopo de las riberas, los robles y hasta los altos pinos de nuestros nuevos pinares.

Estas construcciones son completamente distintas de las que usan en los tejados y agujeros de los viejos paredones; mientras en éstos dan al nido la forma de media naranja, en los árboles lo

hacen con gran cantidad de hierba seca del tamaño de un balón disforme con un orificio de entrada, acolchando sus gruesas paredes con toda clase de trapos, hilos, plumas, pelos y lanas; buen preservativo para su prole contra las inclemencias del tiempo y también de las garras de las aves de rapiña. Nunca he visto atacar a estos nidos, a los alcaudones establecidos en estos centros de reproducción.

Su puesta es de cuatro o cinco huevos de color ceniza, con manchas pardas; mientras dura aquélla, el macho canta continuamente junto al nido sus chillones y monótonos gorjeos. A los trece días nacen los polluelos, siendo alimentados en sus primeros días casi exclusivamente de insectos. Durante este periodo es frecuente ver cómo buscan los gorriones en sus escondrijos a las licosas, especialmente a la llamada de Narbona, realizando así una verdadera limpieza. Cuando el pajarito va creciendo, comienzan a darle toda clase de granos, pan, etc. El continuo entrar y salir del nido que se nota, se debe a que acarrear la comida en el pico en su forma natural, y no como las demás fingillas que acopian semillas e insectos para empapuzar con intervalos de una hora aproximadamente. Al momento de producirlos, recogen con el pico los excrementos y los arrojan lejos del nido.

Los pajaritos no abandonan el nido hasta transcurridos unos treinta días y hayan adquirido pleno desarrollo, aunque entonces son muy torpes en el vuelo. Dos o tres días después, ya no necesitan auxilio alguno de sus padres, los cuales, después de limpiado y acolchonado nuevamente el nido, continúan sus puestas como es habitual en ellos. En el otoño, cuando soplan fuertes vientos del Sur, el viejo nido deshecho por la humedad pierde su estabilidad y cae al suelo; entonces es fácil comprobar el número de puestas que han criado, contando las capas acolchonadas superpuestas que contiene el nido.

Las nuevas generaciones recorren alborotadamente durante el día los campos de su colonia en grupos más o menos numerosos, buscando de preferencia los zarzales que bordean los caminos, o las riberas del Urola, donde se refugian al ser espantados por cualquier causa. Al anochecer se reúnen en grandes bandadas para pernoctar invariablemente en lugares fijos y resguardados, en su territorio colonial. Muestran predilección por los frondosos cañaverales, los muros cubiertos de hiedra, a árboles de hoja perenne como la magnolia, el romero, etc. Durante el invierno, la mayoría de ellos se refugian en los viejos nidos, tejados o cualquier escondrijo de algún viejo caserón.

—¿Emigran estos pajaritos al Sur? —preguntó Iñigo.

—No, el gorrión de nuestro país es sedentario: no está expuesto a los vaivenes de las fringillas de otros países que en su aventura anual pierden una elevadísima parte de su población. Este importante factor, unido a su prolífica condición, justifica su extraordinaria multiplicación, al amparo de otras circunstancias favorables.

—¿Qué otras circunstancias son esas? preguntó Iñigo.

—Antaño la chavalería los perseguía bastante con sus trampas preparadas entre los excrementos del ganado, pero actualmente es muy difícil cogerlos con esos medios, y además se cazaba mucho con la escopeta... A no ser que se ofrezca alguna prima por cabeza, hoy en día, con el precio de los cartuchos, ¿quién les va a tirar un tiro? terció Praixko.

—Hace tres o cuatro años, se rumoreó que la Sociedad de Caza y Pesca local, premiaría con cierta cantidad su captura, pero todo quedó en proyectos, contestó Iñigo.

—Sí, es verdad, repuso Matxin. Tuvieron una idea bastante aceptable y a la vez venía muy a propósito para solaz de sus asociados, pero no tuvieron más remedio que desistir, por falta de fondos.

—Oiga, Matxin: todos los que habitamos la tierra baja de este valle del Iraurgi, seguimos lamentando y sin poder resolver el problema. ¿A qué se debe el poco desarrollo que se nota en las colonias de gorriones de los barrios altos, como el de los Mártires, por ejemplo?

—Mira, Iñigo. Tu madre me ha dirigido esa misma pregunta desde un principio, porque le extraña que en casa de su hermano Sebax, apenas se dan cuenta de la existencia de estos molestos pajaritos.

—Sí, Matxin, eso me tiene intrigada y estoy esperando su respuesta, contestó la Erubi.

Levantándose de su "aulki" para estirarse un poco, el viejo Matxin continuó: Escuchad. Los caseros de esos barrios altos se arreglan muy sencilla pero eficazmente para restringir el número de esos pajaritos. Cuando en la primavera los ven construyendo sus nidos, en los aleros o cualquier otro lugar de sus caseríos, les quitan sus huevos o sus polluelos, limitando así su excesiva natalidad. De esta manera no hay problema de gorriones en esos barrios, y los pocos que quedan ahí los tienen alegrando el paisaje

con sus estridentes gorjeos. Pues bien, ese es el remedio que os brindo...

—Pero, ¿eso es todo? dijo la Erubi. Si yo tuviera suficiente mando, ordenaría la destrucción de todos sus nidos aquí y en todo el mundo; así, en adelante me dejarían en paz esos pajarracos en mis heredades y en el gallinero; todos los días cuando voy a repartir a las aves su ración diaria de maíz, esperan a que me retire para lanzarse como aves de rapiña y repartirse el botín. ¡Lotsagabiak!

—Cálmate, Erubi, que no es para tanto, contestó Matxin. No es justo confundirlos a todos en la misma apreciación. Las colonias de gorriones en las grandes poblaciones no causan ningún daño. Por ejemplo, cuando vamos a nuestra bella Donosti, vemos numerosos gorriones animando con su mansedumbre las calles y paseos de la ciudad. Estos pajaritos viven allí, exclusivamente de restos de pan y otras menudencias que muchos niños dejan caer en sus parques y jardines; además en muchos balcones, encuentran grano esparcido alrededor de numerosas jaulas de jilgueros y canarios y completan su sustento con toda clase de insectos. Las colonias de gorriones que pueblan las grandes ciudades, merecen por su “honradez” el respeto y aprecio de todos.

—Mire, Matxin, repuso Iñigo, el problema va generalizándose. Hace unos días, el agricultor navarro que nos trae la paja de la Ribera, me decía que el mal es bastante más grave allí y que los daños que causan los gorriones pueden compararse con los de una plaga de langosta. ¿En qué forma resolvería usted esa situación?

—Si la autoridad competente se dignara conceder una autorización especial para los lugares afectados, las Sociedades de Caza y Pesca, son a mi juicio las más indicadas para realizar periódicamente, como medida reguladora, la recogida de huevos en determinados edificios y arbolados en los que acostumbra anidar estos pajaritos, vigilando y limitando su número según las conveniencias propias del lugar. Así tendríamos nosotros gorriones y ustedes no tendrían que lamentar los perjuicios que les ocasionan.

—Gracias por lo que nos ha contado esta tarde, porque hablando se entiende la gente, añadió la Erubi.

Satisfecho el viejo Matxin de los gestos de aprobación de los dos “gizones” de la casa, dirigiéndose a Erubi: Bien, le dijo, la hora de la cena se acerca y será preciso que me vaya antes de que se enfurruñe la Joxepa.

—¡La Joxepa! ¡Ay! señor Matxin: no sé cómo la aguanta. Yo, desde luego, no lo podría. ¡ñigo! Acompañaile con el farol, que la noche está oscura...

El viejo se despidió con un sonoro “ondo lo egin” y acompañado del mayoral bajaron por el sendero a la carretera. Ambos iban confiados en que estos pequeños problemas rurales encontrarían eco en la autoridad competente.

Despidiose con un afectuoso “agur” el morrosko de Etxebarren y el viejo Matxin tomó la dirección de su vieja casona, adentrándose por las calles azcoitiarras desiertas entonces por el intenso frío de aquellos días de enero; poco a poco fué diluyéndose su silueta en la espesa bruma que lo cubría todo.

